

Ciencia ficción chilena reciente: narrar la globalización como apocalipsis

Macarena Areco (Pontificia Universidad Católica de Chile)

RESUMEN

Rastrear la presencia de un imaginario apocalíptico asociado a la globalización en dos novelas publicadas en Chile en la última década, adscribibles a la ciencia ficción, es el objetivo de este artículo. Para ello me referiré a cómo es la globalización que estos relatos representan y cuál es el modo en que ésta afecta a la identidad nacional y a la capacidad de emancipación (social) y de agencia (individual).

Palabras clave: ciencia-ficción chilena, globalización, milenarismo

ABSTRACT

The aim of this paper is to trace the presence of apocalyptic imagery as it relates to globalization in two science fiction novels published in Chile during the last decade. For this purpose, I will highlight the manner in which globalization is represented in both novels, thus allowing me to identify its effect on national identity as well as on the viability of (social) emancipation and (individual) agency.

Keywords:

Ciencia ficción chilena reciente: narrar la globalización como apocalipsis*

Macarena Areco (Pontificia Universidad Católica de Chile)

“Mis amigos se ríen porque tengo a la Biblia entre mis libros de Literatura fantástica” (Jorge Baradit)¹.

“-Entonces, según entiendo, Chile se acaba el 2011-2012, según la fecha Maya. Año en que los extraterrestres van invadir la Tierra según los X-Files, y que además los ángeles en sus platillos voladores van a bajar del cielo, según algunas sectas milenaristas que yo no sigo pero he cachado” (Álvaro Bisama)².

La globalización se puede contar como relato épico o como drama, dice Néstor García Canclini en un libro reciente dedicado al tema (34). Pero si pensamos que, debido al ritmo vertiginoso que alcanza a la vida cotidiana y a la consecuente sensación de caos, la actual fase de transnacionalización capitalista puede ser también “vívida como una invasión extraterrestre” (Lechner 55), un género muy adecuado para representarla es la ciencia ficción. En esta línea, propongo leer dos novelas publicadas en los últimos años en Chile, adscribibles a esta modalidad y que tematizan este malestar, como narrativas de la globalización: *2010: Chile en llamas* (1997) de Darío Oses e *Ygdrasil* (2005) de Jorge Baradit.

Ya sea por el expediente de la tribalización de la modernidad, por la regresión premoderna hacia una identidad nacional congelada o por la generalización de un sistema esclavista; estos relatos narran la globalización como una catástrofe y un fin de mundo. A partir de ello construyen trayectos de huida que, al modo del mito, buscan responder las preguntas: ¿cómo hemos llegado aquí?, ¿es posible volver atrás?, ¿se puede resguardar una identidad individual o social?, ¿es factible entregarse a la globalización, como diría el *Libro de los cambios*, sin mácula? Para intentar esbozar al-

* Este artículo forma parte de la investigación posdoctoral financiada por el Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico de Chile titulada “Tramas e imaginarios sociales en la ciencia ficción chilena reciente”, Proyecto Fondecyt N°3080043.

¹ “Entrevista a Jorge Baradit”. Sobre libros. <http://www.sobrelibros.cl/content/view/4/6/>.

² “Chile perfectamente puede ser Pelotillehue”. The Clinic. <http://www.theclinic.cl/2008/11/15/chile-perfectamente-puede-ser-pelotillehue/>.

gunas respuestas me referiré a cómo es la globalización que estas obras representan y cuál es el modo en que ésta afecta a la identidad nacional y a la capacidad de emancipación (social) y de agencia (individual).

2010: Chile en llamas: el apocalipsis de la nación.

En la novela de Osés el punto de partida es un Chile globalizado, donde, luego de que los recursos naturales han sido explotados hasta su extinción¹, se ha aplicado un neoliberalismo extremo, que incluye la privatización de la educación y la seguridad, además de la despenalización de la droga. El país es un paraíso financiero, en que la libre venta de estupefacientes fomenta el turismo y donde el Estado se ha adelgazado al máximo, persistiendo solo como una mascarada que hace posible el libre flujo de capitales.

La globalización se simboliza en el edificio Milenio II de la Corporación Expansiva, una de las pocas “islas de orden y organización en medio de la ciudad anárquica a la que ignoraban” (117). Representado como una torre sin puertas ni ventanas, completamente aislada, que se alza hasta el cielo por sobre la contaminación y que se conecta con otros centros mundiales, forma parte de “la gran patria virtual del dinero [...] esparcida por todo el mundo”, que ha ido reemplazando a las naciones, ya que “tenía la solidez y la consistencia que les faltaba a todos esos viejos países que se estaban borrando de los mapas” (117)².

Los ciudadanos están divididos en dos clases. Por una parte, los “pocos elegidos que trabajaban muy por encima del sucio techo de smog de la ciudad” (116), que integran la “dispersa patria global” (117-8), y por otra los marginados de la “sociedad poshistorica”: que no necesita de las personas³. Las últimas huellas de organización política moderna es lo que

¹ De la Cordillera de Los Andes solo queda un “cadáver seco y vaciado de sus venas minerales” (26).

² La descripción de la Sala de Directorio del edificio da cuenta de una imagen de la globalización como omniabarcante, descontextualizada, flotante y ligada por fuerzas invisibles: “La iluminación estaba graduada de tal forma que el cielo raso se perdía en las tinieblas, dando la sensación de espacio infinito. Un globo terráqueo, en el que estaban señalados con puntos luminosos todos los socios mundiales del grupo Expansión, flotaba en el aire, sostenido por invisible ataduras magnéticas” (132). Por otra parte, su nombre es un indicio del imaginario milenarista de esta novela, a cual me referiré hacia el final del artículo.

³ “Para la economía reconvertida el hombre era un recurso desechable y desechado” (129). “Bastaba una pequeña elite de hombres que dominaban la más avanzada tecnología informática para manejar ese movimiento de miles de millones de dólares. Se les conocía como “los operadores”. El resto de la población permanecía ajena a ese coloquio con los satélites” (36).

queda del ferrocarril: “En los durmientes tendidos sobre su lecho de ripio yacía el viejo Estado chileno, el que construyó aquel camino de acero que era como la última costura que todavía hilvanaba débilmente el país que se dislocaba” (166).

La disolución del Estado ha significado la regresión hacia una sociedad preilustrada, donde proliferan la brujería, el drama pasional, el racismo y la violencia. Allí, la ciudadanía ha devenido tribu, como lo demuestra la descripción del último partido de fútbol, entre la selección nacional y la peruana, donde la barra se convierte en horda¹ y que termina con el asesinato de todos los jugadores. Dado que el fútbol es el que sostiene la nación, el fracaso de la selección opera la desintegración final de ésta: “la derrota hacía no poder creer en el fútbol, la última creencia en un país que se estaba esfumando” (47). Desde ese momento, Chile se diluye en agrupaciones tribales reguladas por la violencia. Así como la ciudadanía muta en tribu, la capital se vuelve, al modo de una película de Tarkovski, apocalíptica, lo que se muestra la descripción del otro símbolo de la modernidad que es el metro, inundado, alumbrado por fogatas e invadido por jaurías de perros (157).

En este panorama, los personajes de la novela abandonan la ciudad, gesto que leo como la búsqueda de una alternativa a la catástrofe generada por el fin de la nación y en el cual, pienso, se plantea la pregunta de si es posible volver atrás y evitar el fin de mundo al que conduce la globalización. En un intento por responderla, se ensayan dos trayectos, que representan una vuelta a lo premoderno, pues implican una salida de la ciudad y del sistema de producción capitalista. La primera son los “pueblos de las afuerinas”, en donde trabajadoras temporeras han desarrollado “una nueva forma de vida comunitaria que nacía en medio de la desintegración de todas las sociedades” (147). La segunda es la reinstalación de la hacienda con la intención de “volver a los orígenes” (111)². Mientras la alternativa comunitaria, propiciada por un grupo de feministas apoyadas por bandidos, puede calificarse como una utopía progresista, al menos en el sentido de que busca otorgar espacio al otro de la modernidad —las mujeres, los niños—; la segunda —liderada por el senador Eyzaguirre— es conservadora, ya que sólo busca perpetuar las jerarquías y las desigualdades. No obstante estas diferencias, ambas son descartadas rápidamente en la

¹ “El bombo volvió a sonar llamando a los combatientes a recomponer filas. Se escuchaban otra vez los roncros rugidos de la tribu” (44).

² “La hacienda chilena fue el núcleo ordenador de la sociabilidad de este país —declaró Eyzaguirre—. Por eso hay que volver a ella si se quiere reconstruir el orden destrozado por la orgía...” (112). Es ésta una iniciativa de regresión a la premodernidad, como se explicita: “la Hacienda Corazón de Jesús, primer paso de un proyecto por ruralizar a Chile y ponerlo en el buen camino que perdió al encandilarse con la modernidad” (112).

novela, por su imposibilidad y por su autoritarismo, en cada caso. Frente al apocalipsis provocado por la globalización, la utopía¹ no es más que una parada en un recorrido que se dirige a la hacienda, la cual es mortal, como lo muestra el que en su centro, tras recorrer un laberinto, los personajes encuentren, congelado, el cadáver del “General”, el cual provoca en ellos una fascinación tal que les impide huir. Los restos del militar aparecen así como una sinécdoque de una identidad nacional que, al modo de una Gorgona, petrifica.

La novela dibuja, entonces, un recorrido que culmina en el laberinto sin salida de la identidad nacional petrificada que conduce a la muerte: “El hielo los seducía con sus promesa de sueño eterno, los invitaba a unirse a la gélida rigidez del General, que era como el núcleo frío, capaz de formar haciendas y regimientos que lo envolverían para protegerlo, y de imponer su orden helado, una simétrica estabilidad de cementerio” (184). En sus últimas líneas, el relato ahonda en la imposible escapatoria: “Entonces tuvo la certeza de que era inútil tratar de abrirse paso hacia fuera, sencillamente porque ya no había ningún afuera, porque esa gruta negra se lo tragaba todo y la noche helada, la noche del General volvía a extenderse por todas partes” (185).

La respuesta a la pregunta planteada es que si bien sí es posible retornar del fin de mundo, no existen posibilidades emancipatorias —la utopía es un fuera de juego en el imaginario de esta novela—; pues las alternativas son en primera instancia regresivas —tribalización o autoritarismo— y, en último término, letales. El camino del neoliberalismo conduce al fin de la modernidad y de la identidad nacional, situación que se representa como un infierno, en llamas, en el caso de Santiago o congelado, en el de la hacienda. Al final de la exposición me referiré al posible sentido de estas representaciones apocalípticas.

La identidad individual, representada por el protagonista de la novela, el ingenuo alférez Rodrigo Alvear —del Regimiento Patria Nueva, encargado, luego de la privatización de la defensa, de realizar los olvidados rituales nacionales—, sólo es una débil construcción posibilitada por una admiración fetichista y confusa de un pasado mejor (el alférez colecciona los comics de Quintín el aventurero, sueña con zeppelines e idolatra al General). Su carácter fantasioso indica desde el principio que no es una alternativa, como se lo dice con toda claridad la joven feminista Raquel: “pobres fachos desfasados [...]. Creen que sacándole lustre a los bototos y zurciendo los estandartes van a reanimar el pasado” (70).

¹ Así, se dice del intento de las afuerinas: “experiencia inédita de vida comunitaria, que de pronto había surgido como la primera utopía renaciente del siglo XXI” (171).

Ygdrasil: exhibición de atrocidades.

En *Ygdrasil* el punto de partida es inverso: la historia se inicia en el ámbito de la nación, desde la cual se ejecuta un trayecto de huida, cada vez mas globalizado, hasta culminar en la apoteosis cósmica que es el árbol luciferino, el Ygdrasil, del cual no se puede escapar. Un trayecto de lo nacional a lo global y de ahí a algo así como el universo. El punto de partida, que justifica la necesidad de la fuga, es la precariedad de la instancia nacional. Mariana, la protagonista, en una población de Santiago de Chile donde ha sido abusada por su padre, teme seguir el destino de su madre como perra¹, por lo que viaja a Puebla, México, donde se vuelve asesina a sueldo y adicta a una droga fabricada con maíz. Desde ahí es rescatada por los militares que la necesitan para una misión, la cual le significa pasar a un nuevo plano más global, el DF, la capital azteca, y dentro de él, al Banco de México, en cuyo sistema informático se infiltra. La mujer, “limpia” gracias a sus nuevos jefes, renace y, si bien no se hace ilusiones respecto a las posibilidades emancipadoras de su trabajo ni de la conexión informática que éste implica, hace lo que se le pide, pues a cambio le han prometido liberarla. No obstante, sus esperanzas comienzan a perderse cuando descubre, en los archivos computacionales de la NATO, el uso de partes de seres humanos en armamento de guerra, se ve obligada a colaborar con la Guerra Santa del Imbunche, líder religioso-sindical de la organización y finalmente pasa a formar parte del Ygdrasil, el árbol luciferino fabricado por los sublimes “Perfectos” con el fin de vencer al “dios agónico”. Al final de la novela Mariana cumple su destino de perra, no en Santiago pero sí como pieza fundamental del árbol cosmogónico: “Allí, suspendida, le arrancaron piernas y brazos, la cauterizaron con hierros al rojo vivo y la incrustaron con ganchos de acero al mecanismo que colgaba en el centro del útero. Incrustada como una joya. La joya del Ygdrasil” (265).

El cronotopo de las desventuras de Mariana es la globalización, representada, en primer lugar a través de Ciudad de México, una suerte de “costra”, “semejante a un parásito gris que emanaba calor y ruido electrónico”, donde el Banco de México opera en un edificio vivo, dotado de sistema neurovegetativo y de exoesqueleto (24). Pero este lugar es sólo una obertura que introduce el espacio principal que representa a la mundialización, la Chrysler, entidad dedicada al transporte ciberespacial y devenida estadounidense:

¹ Las perras son descritas en la novela como “un producto artesanal típico de los suburbios de Santiago de Chile” (43). Se trata de una esclava sexual a la que le han cortado las extremidades, le han extraído todo lo aprovechable para el mercado de órganos y “le han freído el cerebro”.

La empresa se volvió tan monstruosamente grande que negoció la compra de una extensa superficie de aguas internacionales entre el golfo de México y África. Con los años, una enorme costra metálica se fue asentando en el fondo del Atlántico, con millones de habitantes distribuidos en decenas de secciones productivas. Cuando la primera generación de personas nacidas dentro de las instalaciones hubo alcanzado la mayoría de edad, la Chrysler redactó una Constitución, entregó cartas de nacionalidad y pidió autorización para entrar en la ONU como estado soberano (78).

La representación del DF y de la Chrysler como costras da cuenta de un paisaje global que se construye sobre las ruinas de los estados-naciones modernos y del detritus del capitalismo industrial. Sobre esa capa de metal se asientan organizaciones esclavistas, que incorporan a los seres humanos como partes de las tecnologías informáticas de transmisión de la información. Así, de los navegantes de la Chrysler, que han nacido en el complejo industrial y mueren en promedio a los 35 años, se cuenta que pasan seis horas al día “en el trance extático de la navegación y la mescalina, insertos como piezas vivas dentro del sistema de conectividad de la Chrysler” (77)¹.

De este modo en *Ygdrasil*, el estado-nación, que en 2010 aparecía como

¹ La capital mexicana también es descrita como una sociedad de ese tipo: “Babilonia monstruosa, tejida estrato sobre estrato con fibra óptica, hormigón y huesos humanos” (14). La imagen de la tecnología como superestructura que se asienta en una organización esclavista es el tema de la siguiente novela de Baradit, *Synco*, en la cual un sistema informático pionero implementado por el gobierno de Allende, se basa en el trabajo de miles de operarios considerados “patrimonio estratégico de la nación” (manuscrito 77). El mecanismo se describe así: “Interminables filas de procesadores con cintas magnéticas zumbaban haciendo que el trabajo frenético de los operadores pareciera el movimiento caótico de abejas en el interior de una colmena. Hordas de mujeres frenéticas conectaban y desconectaban anticuados plugs de telefonía en paneles de madera mientras niños a sus pies desenredaban una y otra vez la infinidad de cables que, como cabelleras de serpientes rojas y negras, crecían desde los costados. Gruesos cordones de energía eléctrica colgaban desde el techo y caían ondulando en todas direcciones, entre banderas chilenas abandonadas desde la última inauguración y telarañas llenas de grasa y polvo. Todos hombro contra hombro, espalda contra espalda en espacios reducidísimos, hediondos a sudor y mal iluminados. El aire era sofocante, el martilleo de los teletipos reverberaba en los oídos casi sin dejar escuchar nada más [...]. El mal olor emanaba de todo el conjunto, el hacinamiento claramente insano” (68). El personaje Carlos Altamirano, líder de la resistencia al gobierno, reproduce también esta matriz imaginaria central en la obra de Baradit: “Debajo del cajón, una piara de cerdos narcotizados recostados en frazadas malolientes, amarrados de las patas, con bozales, orinándose y rugiendo entre sueños, pinchados con mangueras que filtraban la sangre del enfermo. Arriba del cajón, sobre un entramado de cuerdas y poleas que lo sostenían en vilo, entre ruidos de fuelles de respiración asistida y apenas visible, el cuerpo incompleto de Carlos Altamirano” (158).

una mascarada protectora de las prácticas neoliberales a ultranza, ahora es un recurso más del poder empresarial, sin máscara. El estatuto nacional de la Chrysler sólo sirve para legalizar sus prácticas esclavistas. El correlato de este espacio político al servicio de la empresa es el culto religioso, que se desarrolla en la Sección 14 de la Corporación, la de los navegantes cibereespaciales¹, liderado por el Imbunche, en el que la religión se representa como acción de arte y como espectáculo sado-masoquista, cuya finalidad última es —más allá de los intereses de poder y goce del Imbunche— proveer de almas místicas a los computadores que producirán el *Ygdrasil*.

La visión de la globalización como un retorno a un modo de producción premoderno e incluso prefeudal se comprueba en los numerosos tipos de esclavos que aparecen en la novela, como son las perras, los lautaros y el Círculo Doctrinario. Por ejemplo este último, “el Oráculo encargado de interpretar el Libro”, está formado por niños, ancianos y mujeres, cuatro de cada uno, a quienes “se les habían arrancado los ojos y en su lugar tenían bolas de acero con cadenas soldadas a ellas, que las unían entre sí en una ronda monstruosa. Las manos de los niños estaban cocidas a sus pechos, y todos andaban desnudos....” (80). Dentro de esta exhibición de atrocidades, destaca la Operación Patmos² de la NATO, que incorpora una nueva tecnología, el Empalme Rodríguez, definido como “el próximo salto en la escala tecnológica humana, y la esclavitud digital para miles de almas” (122-23). La siguiente es parte de la información del proyecto que Mariana conoce al ingresar al sistema informático de la entidad transnacional:

La subcarpeta ‘Prototipos’ [...] estaba repleta de mecanismos y aparatos que incluían a humanos vivos insertos entre sus formas, los que compartían sus funciones neurobiológicas y eran penetrados por organismos electrónicos a través de ojos, oídos y columna vertebral. Niños y mujeres preñadas clavados a maquinarias, no solo para usar sus sistemas como puentes para otras funciones, sino para extraerles sus principios astrales o estimular la emisión de energía en forma de miedo o dolor (120).

El descubrimiento de esta información es el clímax de la novela, pues lo que se ha venido insinuando en todo el relato —la fragmentación de los seres humanos en piezas para ser incorporados como partes de la cadena de montaje de alta tecnología informática— se confirma, pero incluyendo dentro de esto también a las “almas”: “Alguien había encontrado la forma de manipular la dimensión astral donde el cuerpo y el alma se ligan y

¹ En un artículo que se publicará próximamente en *Revista Iberoamericana*, cuyo título es “Más allá del sujeto fragmentado, las desventuras de la identidad en *Ygdrasil* de Jorge Baradit”, analizo al Imbunche y su culto.

² Otra alusión apocalíptica.

tienen su comercio, para incorporarla, esclavizada a sus procesos” (121). Así, el lugar común de la gestión de negocios posmoderna, el llamado “recurso humano” aparece literalizado e hiperbolizado: las partes del cuerpo no son más que insumos que alimentan una máquina productiva de fines extrahumanos:

La sección 14 es parte del proyecto para despertar a la Chrysler. El Em-palme Rodríguez proveerá de almas a los computadores del Ygdrasil para que despierten a la Chrysler y la hagan extenderse por las redes de la Tierra. Pero no la proveerá de almas cualquiera, sino de aquellas que hierven de fervor religioso [...]. La Sección 14 es una granja de cultivo de esas almas especiales. El fanatismo es una característica que se ha estimulado, no una casualidad [...]. La Sección 14 proveerá de almas con elevados índices de éxtasis religioso para los computadores del Ygdrasil.

El levantamiento en armas también está previsto. La euforia y la muerte de los combatientes imbuidos de espíritu santo es la que conferirá a sus almas las mejores niveles de calidad. La batalla de mañana es solo la culminación de un largo y armonioso proceso de cultivo. La cosecha. (222).

¿Cuál es la finalidad de todo este proceso? Independientemente de que cada uno de los personajes actué por metas personales —Mariana intenta ser libre, Ramírez y Alvarado (el militar y el político, respectivamente, que involucran a Mariana en el proyecto) buscan ascender en sus carreras, el Imbunche quiere ganarle al Directorio y tomar el poder de la Chrysler—, hay un objetivo sobrehumano del que son parte sin saberlo y que en el final de la novela se realiza: “conectar todas las máquinas entre sí para producir un anima mundi artificial, una mente planetaria que le agregue a la Tierra conciencia de sí misma...la unión de todos los seres humanos en una red consciente y el advenimiento del Mesías, un metahombre hecho de todos los hombres” (206)¹.

¹ Por lo que persiguen, podemos entender que los Perfectos son los integrantes de una secta milenarista: “Una vez que esta red de computadores astrales se conecten... el Ygdrasil despertara. Con él lo hará la Chrysler y su vida se extenderá por las redes de todo el planeta. La metamente lo cubrirá todo y nuestra obra estará hecha. La nueva Torre de Babel pulsará con su llanto de recién nacido en código binario y ya no necesitará de nadie más. El Ygdrasil, la gran catedral electrónica, acogerá al hombre que se moverá entre sus columnas y sacristías como un pez en un banco de coral informático [...]. y comenzará a olvidar. Con los años, nuestro planeta dotado de corteza cerebral será un solo gran organismo. El triunfo final del Demiurgo, el primer ojo consciente flotando entre el plancton de la galaxia [...]. Otros darán vida a esa anémona innumerable. Nosotros solo somos hombres” (211). Las última líneas de la novela informan de que “todo se ha cumplido” y que “la pieza 369 esta operativa”. Se trata de un “microprocesador Brahma” para la fabricación de un “golem impostor, el futuro líder de la rebelión contra el dios agónico” (270).

De ahí que podemos interpretar *Ygdrasil* como una historia sobre la imposibilidad de la agencia individual en el marco de la globalización, narrada a través de las desventuras de un sujeto subalterno, abusado y traumatizado, que, luego de ser normalizado por el poder político-militar, se presta para cumplir una misión cuyos fines desconoce, pensando que puede finalmente ser libre, y que, no sólo no logra su objetivo, sino que termina siendo sacrificado como pieza central de un proyecto que va más allá de lo humano. Así, la pregunta de *Ygdrasil* sería: ¿se puede operar en un mundo globalizado, al servicio de poderes sin cara, y no comprometerse con ellos, manteniendo una agenda propia? y también una identidad individual, local o nacional. ¿Se puede ser mercenario y ser sujeto o al menos aspirar a serlo en un post-mercenarismo? Esta última cuestión, en términos literarios, se formularía de la siguiente manera: ¿es posible escribir para el mercado (global), usando un género popular (global), como la ciencia ficción, y hacer una obra personal, local, antisistémica? La novela responde que no: Mariana no solo hace lo que se le pide, sino que se convierte en parte esencial del proyecto, con lo cual el “yo soy solo una pieza más del engranaje” no vale. La trama plantea su creciente involucramiento con entidades cada vez más crueles, desconocidas e inhumanas junto con el desempeño de labores más cruciales y que incluyen el sacrificio de mayor cantidad de inocentes. Finalmente, Mariana se suma al *Ygdrasil* como pieza clave sin saberlo (incluso ha podido no hacerlo, pero, en su desconocimiento de la trama en la cual está inserta, cree que sumándose no se suma) y el proyecto inhumano se realiza gracias a su ayuda involuntaria. En esta línea, *Ygdrasil* puede leerse como un relato sobre la imposibilidad de mantener una agenda propia fuera de la globalización y, más específicamente, de la ciencia ficción y del respectivo sistema de legitimación y difusión.

Sobre globalización y milenarismo.

En *2010: Chile* en llamas, el Santiago calcinado por el fuego de la globalización y el centro congelado de la hacienda son imágenes del fin del mundo y del infierno, mientras que en *Ygdrasil* la escatología está presente en la guerra santa del Imbunche y en la construcción del árbol realizada por los Perfectos, que conducirá al advenimiento de un Mesías informático. ¿Cuál puede ser el sentido, en el Santiago de Chile de fines de los noventa y de comienzos de 2000, de estas representaciones milenaristas?¹

1 Se trata, más que de milenarismo, de apocalipsismo (escatología) secular popular, según las distinciones hechas por Bull, pues si bien comparten con el milenarismo el carácter popular (Bull), no domina la creencia ni se propone la salvación propia de esta clase de movimiento (Cohn) sino que todo lo contrario. La tipología de Bull cruza dos ejes: religioso/secular y alta/baja cultura, lo que da como resultado cuatro categorías: religioso elevado, en que el fin del mundo se asocia a la llegada de un Mesías en un futuro distante o indefinido; secular elevado, en las teleologías de la historia como progreso; religioso popular o milenarismo, en que el fin del mundo es inminente, se está viviendo el drama final de la historia; y secular popular -en el rock, el cine y la ciencia ficción- que “se alimenta de las mismas imágenes de holocausto nuclear, catástrofe ecológica, decadencia sexual y desplome social que inspiran el milenarismo religioso contemporáneo. Pero [...] no suele querer producir una transformación personal de índole espiritual” (16). A esta última categoría corresponden las dos novelas estudiadas. Esta adscripción se confirma si consideramos, por una parte, la cercanía de estas novelas con el ciberpunk, y, por la otra, los vínculos que existirían entre el movimiento punk surgido en Inglaterra a mediados de los setenta y el milenarismo, vía situacionismo (Bull 16-17).

Si consideramos que la finalidad de la literatura apocalíptica es “revelar”¹, podemos pensar que las novelas analizadas buscan mostrar cuál es la situación real en que nos ha inmerso la globalización y cuál es nuestra situación en ella: la de ingenuos que sirven al sistema sin saberlo y terminan capturados (2010) o la de sicarios que creen en la posibilidad de la agencia propia, cuando eso no es posible (*Ygdrasil*). Si bien se trata, tanto para el alferez como para Mariana, de un laberinto sin salida², podemos decir que, en la escena de la lectura, la figuración de la mundialización como fin de mundo puede cumplir la función pedagógica del mapa cognitivo, tal como lo entiende Jameson: “devolver a los sujetos concretos [en este caso los lectores] una representación [...] de su lugar en el sistema global” (115).

¹ *Ygdrasil* puede ser adscrita al género apocalíptico, caracterizado por la presencia de lo cataclísmico, del simbolismo extravagante, el retiro fantástico de la realidad, sueños y visiones, por la preocupación por el cielo, las teodiceas y la astronomía (Rowland 59), por la experiencia de lectura (“Leer Apocalipsis es sentirse abrumado y tal vez enajenado- por lo que parece desagradable y a veces profundamente malsano (73)) y sobre todo por su función de revelación: “El propósito del Apocalipsis es revelar lo que está oculto para que sus lectores puedan comprender su situación desde la perspectiva divina [...]. revelando la auténtica significación del pasado, el presente y el futuro” (62).

² En un artículo publicado en la revista *Acta Literaria*, citado en la bibliografía, analizo la representación del laberinto en estas dos novelas, además de en *El ruido del tiempo* (1987) de Claudio Jaque. En esta última obra, a la inversa de lo que ocurre en las de Osés y Baradit, aparece un laberinto rizomático que permite a los rebeldes liberarse de la opresión de Coridra.

Obras citadas

Areco, Macarena. "Ciudad, espacio y ciberespacio en la ciencia ficción chilena reciente: tres versiones del laberinto". *Acta Literaria*, 37 (segundo semestre 2008): 25-42.

Baradit, Jorge. *Ygdrasil*. Buenos Aires: Ediciones B, 2005.

Bull, Malcolm. *La teoría del apocalipsis y los fines del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.

Cohn, Norman. *En pos del milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media*. Madrid: Alianza, 1981 (1ª ed. *The Pursuit of the Millenium-Revolutionary Millenarians and Mystical Anarchistes of the Middle Ages*: London, 1957).

García Canclini, Néstor. *La globalización imaginada*. Buenos Aires: Paidós, 1999.

Jameson, Frederic. *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós, 1991.

Lechner, Norbert. *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago: LOM, 2002.

Oses, Darío. *2010: Chile en llamas*. Santiago: Planeta, 1998.

Pinto, Tal. "Chile perfectamente puede ser Pelotillehue". *The Clinic*. <http://www.theclinic.cl/2008/11/15/chile-perfectamente-puede-ser-pelotillehue/>. 3 septiembre 2003.

Popkin, Richard. "El milenarismo del siglo XVII". Bull, Malcolm (comp.). *La teoría del apocalipsis y los fines del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica (1998): 133-57.

Rowland, Christopher. "Los que hemos llegado a los fines de los tiempos': lo apocalíptico y la interpretación del Nuevo Testamento". Bull, Malcolm (comp.). *La teoría del apocalipsis y los fines del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica (1998): 51-74.

Ríos, Mónica. "Entrevista a Jorge Baradit". *Sobre libros*. <http://www.sobrelibros.cl/content/view/4/6/>. 3 septiembre 2003.